

DESCUBRIENDO UNA VOCACIÓN

Otro día más.

Me da una pereza terrible volver a trabajar después de las vacaciones de Navidad. Tengo miedo de lo que me podré encontrar hoy en el paritorio. Diez, quince... ¿Cuántas de las mujeres que atenderé hoy saldrán positivas de COVID? Me engaño a mi misma pensando que quizá sean solo tres o cuatro, aunque en el fondo estoy segura de que hoy batiremos el récord. Entro en el hospital, bajo a cambiarme y subo a la quinta planta. Mi jefa, me dice que hoy me toca a mí preparar a las mujeres que van a quirófano. A medida que pasa la mañana van saliendo más positivas.

A las tres me encuentro con una compañera a la salida. - Qué, ¿cuántas os han tocado hoy? - me pregunta. Cuando le respondo que más de la mitad de las mujeres que hoy iban a quirófano han dado positivo, no se lo cree. A este paso vamos a tener que cambiar la habitación grande “no- COVID” por la pequeña de “COVID”. Estoy exhausta, nos hemos tenido que enfundar con el traje espacial veinte veces hoy. Tengo la garganta seca de la mascarilla y las manos me duelen de la sequedad que me deja el gel cada vez que me lo echo.

Soy joven, solo llevo dos años. Sin embargo, me parece llevar ya diez. Desde que empezó la pandemia mi trabajo ha sido un no parar. Estoy cansada, quiero que se acabe ya (como todo el mundo), pero sigo luchando día tras día por cuidar a las mujeres embarazadas.

¿De dónde sacas las fuerzas para seguir?, me preguntó mi compañera el otro día. Al inicio de la pandemia nos aplaudían y nos daban las gracias. Por el contrario, últimamente nadie nos agradece nada, es más, hasta ponen en duda nuestro trabajo. Malos sueldos, jornadas de no parar, muchísimas personas que atender... “Pues que se fastidien, es su trabajo”, es lo que escuché a una señora en la parada del autobús. El altruismo de los sanitarios no es infinito.

“Amar al que no te quiere eso se llama querer, porque amar al que te quiere se llama corresponder, y eso lo hace cualquiera”, dice un dicho popular. Entonces, ¿cómo consigo seguir dándome a los demás, cuando ya nadie me aprecia? Tal vez sea algo trascendental, una fuerza o espíritu que me impulsa a seguir. Tal vez eso es la vocación que te lleva a seguir trabajando por los demás incluso en momentos de frustración. Es en estos momentos cuando un espíritu joven logra unir su vocación a la esperanza para lograr mover montañas y cambiar el mundo. La esperanza es el motor que pone en marcha la fuerza arrolladora que llevamos dentro. Dale a un joven un motivo por el que tener esperanza y verás cómo multiplica sus fuerzas.

La pandemia me ha hecho darme cuenta de lo que implica la vocación, ayudar a las personas, especialmente a aquellas que vienen al mundo y a las que hacen posible que eso ocurra, incluso cuando no tengo ganas o los sentimientos no me acompañan. Durante estos meses he visto miradas de miedo, angustia e inseguridad en las nuevas madres y mi trabajo no consiste solo en hacer partos, sino en tranquilizar, alentar y transmitir la esperanza a las mujeres. He podido comprobar lo que valen unas palabras de aliento, una sonrisa con los ojos y un abrazo.

Amo la vida, porque es única, emocionante y desafiante, pero también frágil. Por eso hay que cuidarla, y no solo la propia sino también la de los demás. La labor que tengo como sanitaria es esa, pero no solo yo, todos la tenemos. Cuidar es una forma de amar.

Espero que, tras esta pandemia, muchos jóvenes como yo hayan comprendido lo importante que es encontrar una sólida motivación para hacer las cosas, que no esté sujeta a las opiniones de los demás.